

GFS-211-A28

GRANDEZA Y SERVIDUMBRE DEL SAINETE

El sainete es hijo de la observación y del ingenio: desdeña todo lo complicado y se acoge a los elementos que le ofrece la realidad. Un ambiente, unos tipos, un hilo argumental... Si ésto se halla bien conseguido, el sainete puede ser una obra maestra; y hay muchas obras maestras del género en los ~~XXX~~ repertorios regionales de España.

La Real Academia nos dice que es una pieza dramática jocosa en un acto y por lo común de carácter popular, "que suele representarse al final de las representaciones teatrales." Fácilmente puede advertirse que está anticuada la redacción de este último párrafo, porque ahora no suele representarse ~~NINGUNA~~ obra alguna suplementaria al final de ningún espectáculo. Podrá darse alguna vez el caso, pero sin que ello suponga costumbre. Luego, la Academia, refiriéndose a otra acepción de la misma palabra, llama al sainete "bocadito delicado y gustoso al paladar"; y este significado de pequeño y agradable nos parece que completa la definición de la pieza teatral, porque, en efecto, si hay algo sencillo y jugoso, breve y substancioso, es el sainete, immortalizado por no pocos maestros del género y cultivado con más o menos fortuna por muchos autores durante cerca de dos siglos.

Es cierto, como apunta un insigne crítico, que el antecedente directo del sainete es el "pasillo" o "paso" que crearon Cervantes, Moreto y Quiñones de Benavente. ¿Es que el bachiller Pezuña, el escribano Estornudoy los regidores Panduro y Algarroba, reunidos para "LA ELECCIÓN DE LOS ALCALDES DE DAGANZO", no son unos estupendos tipos de un sainete toledano? ¿Y no es de puro sainete lírico aquel cantable que entonan unos músicos, en Daganzo, en honor de los elegidos, para acompañar sus danzas?:

"Como se mudan los vientos,
como se mudan los ramos,
que desnudos en invierno
se visten en el verano,
mudaremos nuestros bailes
por puntos, y a cada paso;
pues mudarse las mujeres
no es nuevo ni extraño caso".

CARLOS MANUEL FERNANDEZ-SHAW



Pero estas obras, que ahora llamamos entremeses, se denominaron con preferencia, durante el siglo XVIII, "pasos", "mojigangas", jácaras y aún bailes; y ya nos dice el Diccionario de Autoridades de 1726, - y Sainz de Robles oportunamente nos lo recuerda, - que los nombres de baile y sainete se aplicaban entonces indistintamente a los "intermedios" que se hacían en las comedias es-

pañolas entre la segunda y la tercera jornadas, cantando y bailando. Consideración de intermedios tenían tales piezas hasta que, sin dejar de serlo, las llamó sainetes Don Ramón de la Cruz. Este gran costumbrista que, para Cejador, es el creador del sainete moderno, no logró al principio la estimación literaria de sus contemporáneos: era el autor de unas obrillas de puro pasatiempo, sin trascendencia apreciable. Pero pronto Moratín pudo ver que Don Ramón había sabido sustituir en ellas el desaliño y la rudeza villanesca de los antiguos entremeses por la imitación exacta y graciosa de las nuevas costumbres del pueblo. Poco después, Martínez de la Rosa admiraba en las producciones de Cruz "el talento original para pintar figuras graciosas y el inagotable caudal de chistes y donaires", en tanto que ~~XXXXXXXXXXXX~~ ^{Hartzenbusch}, más tarde, le reconocía una extraordinaria facilidad para dialogar con gracia y viveza.

¿Qué más dán LOS BANDOS DEL AVAPIES, EL RASTRO POR LA ~~NIENE~~ MAÑANA o EL PRADO POR LA NOCHE? En todos estos cuadros, pintados con asombrosa soltura, se enlazan los diálogos sobre los fondos de ambiente, manteniendo siempre vivo el interés. El diálogo en el Rastro entre la maja y la "albañila" es, -por no citar más que un ejemplo, - un trozo de antología:

-Hacer con poco dinero
lo que otras no hacen con mucho
es imposible no siendo
de tres modos.

-¿De qué modos?

-Yo te los diré bien presto.

Son: hacer moneda falsa,
hurtar y tener cortejo.

-Cuatro son; y te has dejado
el mejor en el tintero.

-¿Y cuál es?

-Buscar a Dios;
que El es tan buen dispensero
de su pan, que cada día
lo dá por un Padre Nuestro".

Burla, burlando, el sainete vá independizándose y adquiriendo importancia literaria. En las plumas de Ricardo de la Vaha y Javier de Burgos mantiene su condición de espejo de la realidad. Lo mismo ocurre con Tomás Luceño, acaso menos chispeante, pero siempre fiel al modelo. Ya entonces, al ser publicada una colección de sus sainetes, Don Jacinto Octavio Picón, como prologuista, advierte cierta tendencia de otros autores a la deformación de los tipos. "En el sainete, -escribe, -un género literario que consiste en abultar verdades y en acentuar rasgos cómicos; y que no puede excederse en la exageración: el sainetero participa del fotógrafo y del caricaturista y retrata desfigurando

do; pero tiene que conservar el parecido". He aquí el tino particular y delicadísimo que ha de poseer el autor para sacar a escena sus personajes. También a fines del siglo XIX aparecen los tipos madrileños de López Silva. En ellos, en sus diálogos, surge una anticipación de lo que luego ocurrirá con Arniches. No puede decirse que López Silva copia el modo de hablar del pueblo de Madrid: lo lleva dentro como un chulo más; y, cuando habla, lo hace con tal personalidad que son en seguida los vecinos de la calle del Ave María o del Avapiés los que se expresan con sus modismos y agudezas. Cuando a su peculiar modo de hacer se unen el talento poético y la preparación teatral de Carlos Fernández Shaw, se producen sainetes como LAS BRAVIAS y LA REVOLTOSA.

El caso de Arniches es también característico. Arniches lo que ha hecho, ~~han~~ afirma el prologuista de sus obras Eduardo M. del Portillo, es inventar unos tipos madrileños con tal fuerza expresiva y persuasiva, con una imaginación mediterránea tan caliente, que su madrileñismo resulta una criatura metafórica mucho más complicada de lo que es en su esencia. No ha copiado; ha inventado. Pero su creación es tan poderosa que logra influir en el madrileño de la calle, convirtiéndole en un personaje arnichesco". De esa admiración hacia la fuerza expresiva de su teatro participa, como es sabido, Pérez de Ayala, al reconocer en Arniches y en los hermanos Alvarez Quintero valores superiores al de otros ingenios. Del primero dice que sus obras, aún las breves, son del único género grande que hay en arte: el de la verdad, la humoridad y el ingenio; y de aquel y de los Quintero reconoce en la realidad y la gracia los elementos que sobre todo avaloran su obra, si bien las arnichescas le parecen más densas de realidad y las quinterianas poseedoras de gracia de rás noble alcurnia.

Hasta aquí las características más destacadas de un género que ha tenido cultivadores felicísimos, cuyos nombres, al lado de los citados, perdurarán en el recuerdo de los amantes del Teatro; pues, desde el gaditano González del Castillo al catalán Pitarra y al valenciano Escalante, pasando por Vital Aza y Ramos Carrión, Perrín y Palacios, Muñoz Seca y García Alvarez, hasta los modernos Torres del Alamo y Asenjo, Ramos Martín, Serrano Anguita, Ramos de Castro, Javier de Burgos, Quintero y Guillén y el pimpante Carlos Llopis, cuya obra última es una colección de sainetes, los costumbristas españoles han sabido ofrecer siempre una rica y variada serie de tipos y argumentos, llevando a la escena auténticos cuadros de vida nacional tan logrados

que su consideración alcanza, a nuestro juicio, a los más elevados planos de nuestras Letras.

Pero todo ello obliga a más, en su servicio, a los que hoy siguen en la brecha. El sainete merece atención preferente de nuestros autores. No puede morir, porque es algo muy nuestro y está vinculado a nuestro modo de ser. Hay que hacer nuevos sainetes y hay que sainetear cada vez mejor. En estas fiestas de San Isidro Madrid se acuerda muy especialmente de la Susana y de Mari Pepa; y hemos de procurar que en años futuros, que hoy nos parezcan lejanos, se acuerde también la gente de las protagonistas afortunadas que ahora saltan a los escenarios con todo el garbo de sus temperamentos y con toda su ambición de personalidad representativa.

GUILLERMO FERNÁNDEZ SHAW